

Por la fe...

Una aproximación al Antiguo
Testamento bajo la guía del
Espíritu Santo

ABRAHAM: ofreció

por Antoni Mendoza i Miralles

12

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2002
Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)
c-electrònic: ecb.edicions@wanadoo.es
Maquetació: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

«Por fe ofreció Abraham a Isaac cuando fue probado, y ofrecía al unigénito el que había recibido las promesas, habiéndole sido dicho: En Isaac te será llamada simiente: pensando que aun de los muertos es Dios poderoso para levantar; de donde también le volvió a recibir por figura».

(Hebreos 11:17-19).

Ésta es la tercera vez que el capítulo once de Hebreos nos habla de Abraham y de su fe; las otras dos ha sido en el versículo ocho, y en los versículos nueve y diez. Ahora, después de considerar la fe de Sara, su esposa, nuevamente nos es presentado como ejemplo: un ejemplo de cómo hemos de actuar cuando nuestra fe es probada.

La fe que mostró Abraham, cuando Dios los llamó para que marchase de su tierra y peregrinase en la tierra de la Promesa como en tierra extranjera, fue algo básico para poder ser usado por Dios; de otra manera Dios habría escogido otro que pudiese ser el canal por el que la bendición de Dios viniese a todas las familias de la tierra. Pero, en éste contexto, la fe que Abraham había de manifestar le ayudaría a crecer como creyente, y la prueba de su fe había de actuar como lo hace el fuego cuando separa del oro las impurezas (1P 1:6-9).

Todo esto habla de la doctrina de la separación, que incluye a diferentes momentos de la experiencia cristiana: la separación de la incredulidad, para experimentar la fe salvadora; la separación de una vida común, para servir a Dios según su llamado; y la separación de todo aquello que forma parte del “viejo hombre”, para crecer en la santidad.

Prueba o tentación

Si buscamos en el diccionario las palabras “prueba” y “tentación”, encontraremos que hay distinción entre ellas, aunque son dos palabras claramente relacionadas, puesto que la primera acepción de “tentar” es “poner a prueba”. “Tentó Dios a Abraham” quiere decir eso mismo, y es la experiencia que vivió Abraham cuando enfrentó los hechos que se registran en el capítulo 22 de Génesis.

La palabra griega que encontramos en el versículo 17 de Hebreos 11 es una palabra curiosa, pues puede tener una connotación positiva o negativa según el contexto. Sucede lo mismo con la palabra que se usa en el Nuevo Testamento para hablar de deseos, que según el contexto puede referirse a unos deseos correctos o a la concupiscencia.

Ésta distinción la podemos ver al comparar las palabras de Hebreos con las de Santiago. En nuestro texto en Hebreos, por el contexto inmediato y por el más amplia que encontramos en Génesis 22, se ve claramente que la palabra tiene el significado positivo de “prueba”. En el primer capítulo de la Epístola de Santiago, a partir del versículo 13, encontramos que su significado es negativo, por eso se traduce por “ser tentado”, y se aplica a los deseos pecaminosos intensos e internos, evidencia de la antigua naturaleza carnal. También podemos encontrar ésta distinción en la Primera epístola de Pedro cuando, en el versículo 6 del primer capítulo, hace servir la misma palabra que aquí habla de “pruebas/tentaciones” sin precisar, y en el versículo 7 se utiliza otra palabra que únicamente tiene un significado positivo. Según la reacción interior de la persona la palabra se refiere a una prueba o a una tentación.

Aquí la prueba la presenta Dios. No apela a la excitación carnal de ninguna manera, puesto que no tienta a nadie; se dirige directamente a la fe de Abraham, para que la pueda manifestar a través de la obediencia al requerimiento divino. La descripción de los hechos, en Génesis, no deja ninguna duda.

Tres imperativos en las palabras de Dios

Hemos de ir al relato de Génesis para encontrar las palabras que constituyen la base de la prueba de Dios a Abraham. Las palabras fueron: *“Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y véte a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno*

de los montes que yo te diré” (Gé 22:2). En ellas encontramos tres imperativos: Toma, vete, y ofrécelo.

“**Toma**” es la primera de las acciones que Dios pide directamente a Abraham, y que el no puede delegar en nadie, para hacer un poco más fácil su ejecución. Esta es una lección que no hemos de olvidar: cuando Dios nos manda una cosa, somos nosotros los que lo hemos de hacer, y no podemos delegar la acción en nadie más, puesto que si ésta fuese la voluntad de Dios, el mismo nos lo diría, no necesita intermediarios humanos. Es cierto que muchas tareas en la obra de Dios son tareas compartidas, sea por vía de delegación o por la del trabajo en equipo, y no hacerlo así es un grave error que traerá muchos problemas. Pero hay cosas que Dios nos manda que las hagamos nosotros de manera concreta, y nosotros somos los responsables delante de Dios de llevarlo a cabo. Así fue para Abraham, Dios le mandó que tomase a su hijo Isaac, e hiciese todo lo que le mandaba al respecto. Y Abraham lo entendió, y lo hizo sin poner ningún problema; el mismo preparó el asno y cortó la leña para el holocausto.

“**Vete**”, es la acción que había de seguir a la de tomar a su hijo. Dios no quería una actuación impulsiva por parte de Abraham, de la que después se arrepintiese, por eso le concedió tiempo. El viaje hasta el lugar donde el patriarca había de completar su obediencia a Dios estaba a unos tres días de donde tenía plantada la tienda, en la tierra de Moriah. Primero tuvo de dejar a los suyos, después a los dos mozos que los acompañaron: él estaba siendo probado por Dios, y la prueba es algo que se ha de enfrentar a solas con Dios.

“**Ofrécelo**” es el imperativo que describe el hecho con el cual Abraham cumpliría completamente la voluntad de Dios. Implicaba una entrega total de su hijo a Dios, sin posibilidad de hacer marcha atrás. Es el único caso de este tipo que encontramos en la Biblia, quitada la entrega del Hijo por el Padre. Con un ejemplo

era suficiente para entender la enseñanza, y para ilustrarnos la entrega que se llevó a término en el seno Trinitario. El ofrecimiento que había de hacer Abraham era “en holocausto”, una ofrenda totalmente consumida a Dios, un hecho que hacía imposible al hombre hacer nada para intentar revertir el proceso.

La prueba de Dios a Abraham contiene muchas lecciones espirituales, que no podemos cubrir en este breve comentario, pero que serán de muchas bendición espiritual considerarlas. En relación a las pruebas a que Dios nos somete, hemos de recordar que siempre implican obediencia, y que ésta obediencia ha de ser voluntaria, meditada y llevada a cabo hasta sus últimas consecuencias –como vemos en el caso de Abraham–.

La importancia de la petición Divina y del acto de Abraham

No sabemos lo que paso por la cabeza de Abraham cuando Dios le pidió a su hijo, excepto lo que comentaremos en el siguiente apartado; sólo tenemos constancia de que obedeció sin dilación y sin reservas.

Nosotros, tal vez, pensaríamos que Dios le puso las cosas difíciles. Fue difícil para Abraham dejar todo atrás, pasando de vivir en uno de los lugares más avanzados de su tiempo, rodeado de amigos y familiares, a vivir en una tierra extranjera, sin poder formar parte de los pueblos que vivían allí, ni poder regresar a la tierra de sus antepasados. Fue difícil para él esperar hasta que se agotaron todas sus posibilidades humanas de tener un hijo, a través del que se pudieran cumplir las promesas de Dios. Su esposa era estéril, pero tubo que esperar para hasta que ambos fueron ancianos para ver el milagro del nacimiento del hijo prometido. ¿I ahora Dios le pedía que ofreciese a Isaac, aquel hijo, en holocausto?

Pero no encontramos nada de lo comentado en la respuesta de

Abraham, hemos nosotros los que hemos planteado todas éstas reflexiones.

Dios sabe lo que está pidiendo a Abraham, y lo que él siente por su hijo. Las palabras de Dios identifican a Isaac como “tu hijo”. Aunque Ismael también era hijo de Abraham, no recibía la misma consideración que Isaac. Isaac también es identificado como “tu único”. Él era el hijo de la promesa, y Sara no tendría ningún otro. Él era la única oportunidad que tenía para que la palabra del Pacto fuese realidad, y ofreciéndolo lo hacía humanamente imposible. Pero también era el hijo amado, el receptor de todo el amor y la atención de su padre. Es cierto que son diversas las razones por las que Dios pidió todo ésto a Abraham, una de ellas es que quería revelarnos ciertos hechos relacionados con la obra de nuestra redención; pero, puede ser que otra fuera que el amor de Abraham por Isaac estaba a punto de competir con su amor por Dios, y Dios le pidió ésto para ayudarlo a mantener las cosas en su debido orden: el amor a Dios siempre ha de ser el primer amor.

La petición de Dios y la respuesta de Abraham evidencia que él amaba a Dios por encima de todas las cosas, más incluso que a su estimado hijo Isaac. Y ahora, la prueba que Dios le presentaba, serviría para que su amor y fe en el buen Dios fuese mayor. Dios quiera que también sea así con nosotros, que crezcamos en amor a Dios cada día,teniéndole siempre a él en el primer lugar de nuestra vidas.

Considerando... la doctrina y la fe

Nuestra mente rápidamente se acerca a la línea de pensamiento que encontramos en los versículos 17 y 18 de éste capítulo: “*ofrecía al unigénito el que había recibido las promesas, habiéndole sido dicho: En Isaac te será llamada simiente*”. Seguramente ni tu ni yo hubiéramos estado a la altura de Abraham, y hubiése-

mos comenzado a discutir con Dios sobre lo fuera de lugar que estaba su petición, puesto que era un sacrificio humano, y que significaba dar la vida de aquel en el que se habían de cumplir las promesas dadas. Tal vez para ti y para mí, aquella prueba se transformase en una tentación, pero no fue así para Abraham.

La lectura de los hechos de Génesis nos ofrece un testimonio sin fisuras de la fe que Abraham tenía en Dios y su Palabra. Abraham ofreció a Isaac, conforme al mandamiento de Dios; así lo dice Hebreos, “por fe ofreció Abraham a Isaac”, y así se describe en Génesis. Con éste acto Abraham evidenció su obediencia incondicional a Dios, pero ¿dónde está la fe?

Pablo nos da la clave de la fe de Abraham: estaba en la doctrina. Abraham creía en la omnisciencia de Dios, en su soberanía, en su omnipotencia y en la resurrección de los muertos. No era necesario explicar a Dios las implicaciones que tenía aquel mandamiento en relación a su planes y promesas. La reflexión teológico-doctrinal de Abraham lo llevó a la conclusión de que Dios era poderosos para hacer lo que fuese necesario, que no había ninguna contradicción en el mandato que le había dado, que él controlaba la situación, y que si era preciso... resucitaría a Isaac. Pocas veces pensamos en esto, somos tan superficiales y reactivos, enfatizamos tanto la vivencia y la experiencia que creemos que todo está en ellas, y que sobre ellas se sustenta toda la vida espiritual. Pero no enseña eso la Escritura, y si nuestra creencia o experiencia no concuerda con la Escritura, tendremos que dejarla de lado y rechazar como equivocada e inútil.

Abraham demostró su convicción teológico-doctrinal prácticamente, cuando dijo a los que los acompañaban que él y su hijo irían a la montaña escogida por Dios, adorarían y... volverían a ellos. Ciertamente, no sabía como Dios obraría exactamente allí, pero sabía que volverían los dos, porque la Palabra de Dios era tan fiel como aquel que se la había dado. Ésta es la fe bíblica, ala

que está fundamentada en la Palabra de Dios y en el Dios de la Palabra, la que se fundamenta en la doctrina bíblica.

Abraham, cuando Dios puso a prueba su fe, manifestó su comprensión y confianza en Dios y en su Palabra, hasta el punto de actuar de una manera aparentemente contradictoria. ¡Que lejos estamos de ésta manera de actuar! Tristemente, en ocasiones, nuestra actuación es en contradicción a la Palabra de Dios, sea por desconocimiento o por una falsa espiritualidad, que intenta esconder nuestra manera de actuar carnal.

La fe que Dios requiere de nosotros es una fe inteligente y razonada, no una fe ciega. Es una fe informada, que tiene su fundamento en el conocimiento de la doctrina bíblica. Puede que una de la causas de actualmente los cristianos mostremos una fe tan débil sea debido a que nos falta un conocimiento más amplio de la doctrina; la comprensión doctrinal actualmente es muy elemental y superficial, cuando no equivocada. Es preciso que conozcamos la doctrina a fondo, penetrando en ella bajo la guía del Espíritu Santo, y que ésta nos penetre más y más, para conocer bien y mejor a nuestro Dios y su manera de actuar (He 4:12).

El propósito de la doctrina bíblica no es llenar libros que acumulen polvo en nuestras bibliotecas, es que ésta se incorpore a nuestra mente y a nuestro corazón, para llevarnos a una vida más santa, a una vida de más profunda comunión con Dios. Si eso fuera una realidad en nuestras vidas, otra sería la firmeza de la Iglesia visible de Dios; desaparecería mucha de la fragilidad y variabilidad existente, de la superficialidad que a menudo se evidencia, de la falta de poder divino, que en ocasiones intentamos compensar enfatizando lo social o la espectacularidad carismática, lo cual nos tendría que llenar de vergüenza.

Sigamos el ejemplo de nuestro padre Abraham, sigamos sus pasos de fe, sigamos el camino de la obediencia: a la obediencia de la fe por la doctrina bíblica, iluminada por el Espíritu Santo.

Edicions Cristianes Bíbliques